

contando de los salarios la cuota correspondiente, pues lo esencial era que los elbenses se creyeran libres de contribuciones é impuestos.

Faltaba Capoliveri, cuyos levantiscos habitantes recibieron al recaudador con mordaces cuchufletas, que muy luego se trocaron en amenazas de muerte, fusil en mano. Era preciso proceder rigurosamente. El Emperador despachó contra el pueblo dos comisarios, con doce gendarmes, á fin de designar cierto número de contribuyentes, que permanecerían detenidos en sus casas con centinelas de vista hasta que satisficieran la cuota. El pueblo se amotinó, acaudillado por un sacerdote, y cayendo sobre los comisarios y su tropa, los pusieron en vergonzosa fuga. Capoliveri corroboraba su siniestra nombradía.

El Emperador entró en cólera y dijo que Capoliveri «podría sufrir alguna desgracia». El alcalde intimó á los vecinos á que entregasen tres amotinados, incluso el sacerdote, y á pagar la totalidad de las contribuciones en el término de veinticuatro horas. Reunido el ayuntamiento, acordó que no podía pagar nada ni entregar á nadie. Entonces el Emperador ordenó á Drouot que marchase contra el pueblo rebelde con doscientos soldados y veinte gendarmes, convenientemente municionados. Capoliveri tuvo miedo y pagó. Los culpables fueron presos é indultados al poco tiempo (1).

Se había evitado la efusión de sangre y la fuerza pública mantuvo el imperio de la ley, pero estas tiranteces eran de mal agüero para la cobranza de los impuestos, y mucho peor todavía para la de los que el Emperador proyectaba establecer. Los cánones de las minas ingresaban con atraso, y á consecuencia de la supresión de los dos guarda-costas, iban los contrabandistas nocturnos á robar mineral. Ya se le representaba al Emperador la necesidad de vender en 1815 varias propiedades del Estado por 20.000 francos; las herrumbres de los fuertes por 150.000; las pólvoras rancias por 210.000; las provisiones averiadas por 50.000, y parte de sus caballos y coches por 10.000.

Aparte de la penuria monetaria y de la fastidiosa monotonía del destierro, se iba quebrantando la fidelidad de las tropas. Algunos granaderos pedían, á instancia de sus familias, que se les permitiese regresar á Francia. Y se marchaban repletos de certificados de valor y de

(1) PONS DE L'H., p. 201; *Registro de la isla de Elba*, núm. 129; MARCHAND, p. 122.

atestados en pergamino (1). ¿Cuántos más les seguirían en cuanto por paga recibiesen, como la servidumbre de los Molinos, bonos contra el tesoro de los Borbones?

* * *

Advertía el Emperador que de mes en mes menguaba su exiguo ejército. A los veteranos de la Guardia les enervaba la ociosidad, pues acostumbrados á la vida de campaña, á las imprevistas marchas y á la trágica vibración de las batallas, languidecían de fastidio en aquella «trampa de zorros», como llamaban á la isla de Elba. Sin rendirse hubieran continuado derramando su sangre; se rendían de no hacer nada.

Los granaderos y cazadores rasos cobraban 1'16 francos diarios; los cabos 1'66, y los sargentos 2'22, sin contar la manutención. Pocas eran las satisfacciones que á este precio podían procurarse, pues echaban de menos los saqueos y exacciones en país enemigo. Divertíanse según sus posibilidades en beber, embriagarse, requebrar á las mozas y bailar con ellas. Hasta aquí nada había de malo, ni tampoco cuando saltaban las cercas de San Martino y vendimiaban las viñas del Emperador. «Esto es de papá,—decían jocosamente.—El Emperador y papá son el mismo, y lo que es de él, es de nosotros.» Si el Emperador les sorprendía, les tiraba de las orejas, con la risa en los labios. Pero á veces promovían escándalos en la ciudad, insultaban á los paisanos ó quebrantaban gravemente la disciplina en actos del servicio. En castigo se les deportaba por un mes ó dos á Pianosa, sin sueldo alguno, para trabajar á la forzosa, y si reincidían, se les enviaba al continente. Estos atolondrados eran por fortuna los menos en la Guardia, y las treinta ó cuarenta vacantes producidas por las deportaciones y licenciamientos, se cubrieron con voluntarios tiroleeses, piamonteses, bohemios, húngaros y algunos franceses llegados á Elba con propósito de engancharse. Sólo faltaron gorras de piel (2).

(1) CAMPBELL, p. 204; *Registro de la isla de Elba*, núm. 135 y 166; *Correspondencia imperial*, 21.658; MARCHAND, p. 122 y 141.

(2) PEYRUSSE, p. 254; *Correspondencia imperial*, 21.599; MONIER, p. 71; *Memoria á las Potencias aliadas*, p. 84; *Registro de la isla de Elba*, núm. 47, 121 y 181; *Correspondencia imperial*, 21.658.

De mayor cuantía fueron las deserciones y actos de indisciplina en el batallón corso. Entre aquellos «primos» del Emperador cundió el descontento porque, según alegaban, los reclutadores les habían engañado, prometiéndoles el oro y el moro, y tan sólo se les daban 45 céntimos diarios. Con este pretexto revolvían la isla, y derramándose por la campiña, secuestraban á los labriegos, que se veían precisados á defenderse arma en mano. Cuando no, desertaban en masa con armas y uniformes, y disparaban contra los oficiales que intentaban detenerlos en el momento de embarcar. Era necesario un escarmiento. En cierta ocasión fueron presos cinco desertores en flagrante delito de revuelta, y el Emperador dispuso que la suerte designara uno para ser pasado por las armas. El Emperador le indultó pocos momentos antes de la ejecución, y á consecuencia de este incidente, declaró que á nadie retenía á la fuerza, y que podían volver á su país cuantos quisieran. Disminuyeron con esto los desórdenes, pero no se contuvo la deserción, á pesar de los consejos de guerra, condenas á cinco años de cadena y prisión en los calabozos del fuerte del Halcón (1).

Para substituir á los desertores, intentó el Emperador nuevos reclutamientos en Córcega é Italia, pero los generales Stahremberg y Bruslart prendieron y fusilaron á los reclutadores. El Emperador protestó de ello ante Stahremberg, y por conducto de Drouot le escribió diciendo que únicamente se trataba de mantener los cuadros de su ejército y no de organizar regimientos para atacar á Europa. El gobierno austriaco no se dignó responder y continuó fusilando á cuantos pudo prender (2).

Por lo que atañe al batallón elbense, no tenía mucho apego al uniforme, pues si bien los domingos gustaba de lucirlo en la plaza de Armas, quería el resto de la semana ocuparse en sus particulares negocios. El Emperador resolvió el 19 de Enero que, desde 1.º de Febrero, no prestara ya servicio el batallón elbense. Los soldados más fieles eran los 109 jinetes polacos de caballería ligera, sin montura en su mayor parte, pues por escasez de forraje en Elba, estaban los ca-

(1) PONS DE L'H., p. 341 y 342; *Registro de la isla de Elba*, núm. 55, 65, 176 y 181; MARCHAND, p. 160.

(2) CAMPBELL, p. 121, 127, 128, 145 y 164; PEYRUSSE (*Apéndice*), p. 35.

ballos en Pianosa. Estos polacos prestaban servicio de mozos de cañón, de caballerizas y otros menesteres por el estilo. Fueron los primeros en verse privados de la paga, al mismo tiempo que se suspendían las pensiones militares de la Legión de Honor (1).

Pero si al Emperador le faltaban soldados, le sobraban, en cambio, oficiales italianos y franceses, licenciados por los gobiernos de Austria y Francia, que en tropel acudían en demanda de empleo y sueldo. El Emperador los admitía, aunque fuesen para él una carga superflua. Las pagas del estado mayor, que en los siete últimos meses de 1814 ascendieron á 30.000 francos, se elevaron á 107.000 en el proyecto de presupuestos para 1815. Con todo, eran pagas puramente imaginarias, porque faltaba dinero. Los oficiales percibían unos cincuenta francos al mes y una ración para la subsistencia de ellos y de sus familias, que algunos habían llevado consigo. Casi la miseria (2).

Decía Bertrand á este propósito: «No sé lo que el porvenir nos depara; mas cualquiera que haya de ser nuestra suerte, no será peor que la presente. Si no nos sostuviese la esperanza de mejores días, no sé qué sería de nosotros. Por lo que á mi toca, no me pesa haber seguido al Emperador. Era mi deber. Pero añoro á Francia como un huérfano á su madre, como un amante á su amada.» Al hablar así, «se le arrasaban los ojos en lágrimas» (3).

* * *

Para colmo de infortunios, en la noche del 11 al 12 de Enero, á causa de repentina tormenta, naufragó el *Inconstant*, cuyo comandante Taillade estaba continuamente á bordo en cumplimiento de las órdenes del Emperador, que así como no admitía resistencia por parte de los hombres, tampoco la toleraba por la de los elementos.

El invierno cubría de nieve la nebulosa cumbre del monte Giove, en donde posaban las aves emigradoras, y frecuentemente sobrevenían borrascas, cuyo furor se ensañaba en las costas de Elba.

(1) *Registro de la isla de Elba*, núm. 13, 17, 86 y 184.

(2) *Correspondencia imperial*, 21.607; CAMPBELL, p. 145; FLEURY DE CHABOULON, p. 105; PEYRUSSE, p. 246 y 264.

(3) FLEURY DE CHABOULON, p. 117.

En la noche del 5 al 6 de Enero, el *Inconstant* sufrió un latigazo del Nordeste al regresar de Civitavecchia, á donde había ido á cargar trigo y llevar correspondencia. A la altura de la isla de Elba no pudo detenerse y vióse lanzado por la tempestad á Córcega, con precisión de refugiarse en el golfo de San Florentino, en donde encontró una fragata del crucero francés. Pero el abrigo era insuficiente y el viento ocasionó en el buque muchos desperfectos, cuyo reparo requirió cinco días de labor, bajo la vigilancia de un ayudante de Bruslart, y casi frente á frente de la fragata francesa, que también tuvo averías. Aunque ambos comandantes se visitaron cortésmente, al del brique le molestaba la vecindad de la fragata y no permitió que la tripulación bajase á tierra.

El 11 se hizo á la vela el *Inconstant*, favorecido por el buen tiempo, con brisa del Noroeste, pero á medio camino se mudó en impetuoso Sudoeste, que arrojó el brique hacia Capraia. Taillade logró, no obstante, acercarse á Elba maniobrando de costado, pero la noche era obscurísima y el mar estaba furiosamente alborotado al llegar frente á Porto-Ferrajo. Bordeó la costa para resguardarse del viento y pasó entre el escollo de Scoglietto y la isla, contando con otra maniobra para embocar la entrada, que señalaba la claridad del faro. Fuese por lo brusco ó por lo tardío de la maniobra, el brique no viró y no hubo otro remedio que bajar velas á toda prisa y echar anclas para evitar que se estrellase contra los arrecifes.

El brique permaneció al ancla parte de la noche, desanclando á las cuatro de la madrugada por la furia del viento; disparó el cañonazo de auxilio, con gran sobresalto de los vecinos de la ciudad, que á pierna suelta dormían arrullados por la tormenta. La población en masa se precipitó á la calle antorcha en mano, echando á correr hacia el lugar del siniestro. El Emperador en un instante saltó de la cama y montó á caballo, con propósito de organizar el salvamento del buque mediante algunas embarcaciones, pero no lo consintió el estado del mar. Todos esperaban el momento en que el buque se fuese á pique con la tripulación, cuando aprovechando Taillade la coyuntura, tras haber lanzado un cable, de encontrarse frente á una pequeña playa arenosa, cortó las anclas y dejó que las olas empujasen al buque hasta la arena, en donde pudo encallar.

La luz del día descubrió un deplorable espectáculo. El *Inconstant* yacía sobre la playa con las cuerdas enredadas entre los mástiles. Su foque parecía desafiar al viento, que azotaba sus jirones. Las olas se precipitaban contra los costados del brique, con amenaza de hacerlo



La Signorina Squarci, con el vestido de seda blanca que su abuela llevaba en los Molinos, en la corte de Napoleón.

añicos é impidiendo acercarse á él. Se veía á bordo un caballero cano que se retorció los brazos y exhalaba lastimeros ayes.

Amainó algún tanto el temporal, y fué posible organizar el servicio de salvamento de la tripulación y pasajeros. El Emperador alentaba á los salvadores con el ademán y la voz. El caballero anciano se arrodilló en la arena para dar gracias á Dios. Era un pariente autén-